

Nieves, de la Merced, de los Angeles, del Rosario, del Santo Escapulario del Cármen, de la Translacion de la casa de Loreto, del Dulce Nombre de María, y de los Dolores gloriosos de esta Señora. En esa sagrada liturgia ha querido la Iglesia que comencemos y concluyamos el rezo del oficio divino cotidiano, invocando y saludando á María; y aun en la celebracion del Santo Sacrificio de la Misa, la mas augusta y eficaz de las oraciones que podemos dirigir al eterno Padre los nombres de Jesus y de María, se repiten juntamente para interesar al cielo en nuestro favor: *memoriam venerantes in primis gloriosæ semper Virginis Mariæ... ut in omnibus protectionibus tuæ muniamur auxilio; per eundem Christum Dominum nostrum*. Así como en otra parte del mismo Sacrificio le pedimos al Señor «la paz en nuestros días por la intercesion de la gloriosa y bienaventurada siempre Virgen Maria, para que asistidos del auxilio de la misericordia del Señor, jamás seamos esclavos del pecado, y estemos siempre seguros de toda perturbacion:» *et intercedente beata et gloriosa semper Virgine Dei genitrice Maria, da propitius pacem in diebus nostris, ut á peccato simus semper liberi, et ab omni perturbatione securi*. De esta manera nuestro buen Dios ha sancionado por la Iglesia su Esposa la devocion que la tributa, hasta el punto de que se llame á María intercesora entre Dios y el hombre, y de encomendarnos todos á su patrocinio formulando esta oracion tan tierna y espresiva, como popular y llena de confianza: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.»

Si á estos irrefragables testimonios, que son otros tantos fundamentos de nuestra devocion á la Santísima Virgen María, agregamos, A. H. M., los elevados sentimientos que el Señor inspira á los verdaderos cristianos, por medio de la infusion de su divina gracia, nos convenceremos todavia mas de que en esta Señora «se hallan las riquezas del cielo y su

gloria para enriquecer cumplidamente á los que la aman» y la sirven con fidelidad y constancia, «corriendo tras el olor suavísimo de sus virtudes, semejantes á la fragancia exquisita de los mas delicados y ricos unguentos:» *post te curremus in odorem unguentorum tuorum*.

III.

¡Qué dulcemente se insinúa nuestro Dios en nuestros corazones para escitarlos al bien, triunfar de ellos completamente, y atraerlos á si haciendo que le consagremos los purísimos sentimientos que su divina gracia dignifica, y en los que siempre se complace! Bastara al Señor imponernos sus preceptos hablándonos por medio de su Iglesia para ser obedecido cual se merece. Pero tratándose de María, su querida Madre, ha querido tambien interesar el corazon del hombre en obsequio de esta Señora que estaba destinada para ser además Madre nuestra, é interesarlo hiriendo las fibras mas delicadas de él para que no solo por respeto, sino tambien por amor nos consagremos al servicio de Maria, seamos sus fieles y verdaderos devotos. ¡Y que poderoso es, A. H. M., ese sentimiento de amor que se despierta en el alma del cristiano para servir y obsequiar á la Madre de Dios que es nuestra dulce y compasiva Madre! Dios ha inspirado ese sentimiento generoso al hombre y á las naciones, y al inspirarlo nos ha manifestado las admirables y altísimas glorias de María para ilustrar y engrandecer nuestro espíritu, y que en cambio ofrezcamos á esta Señora todos los homenajes de nuestro corazon. Véamoslo si no con la brevedad posible.

No se puede meditar en la Virgen Santísima María, A. M., sin que se agolpen al alma los mas elevados y consoladores pensamientos. En la Madre bendita de Dios descubrimos desde luego cuanto de grande y sublime puede hallarse en una criatura á quien Dios ha querido enriquecer con todos sus

7

dones. «El que me ha criado, puede decir María, ha reposado en mi propio seno, y en consideracion á este insigne favor el Señor me habia dicho: Habita en Jerusalem, sea Israel tu herencia, reina en cualidad de soberana sobre mi pueblo, y hecha raices en mis elegidos, «de los cuales serás madre y reina: *et in electis meis mitte radices.*» Y me arraigué en un pueblo á quien yo he llenado de honras, y en la porcion de mi Dios que es su heredad, y en la plenitud de los santos mi mansion. Me he exaltado como cedro sobre el Líbano, y como ciprés en el monte de Sion; me ensalcé como la palma en Cades, y como planta de rosa en Jericó. Como terebinto estendí mis ramas, y mis ramas son de honor y de gracia. Yo soy la madre del amor hermoso, y del temor, y de la ciencia, y de la santa esperanza. Pasad á mí todos los que me codiciáis y llenaos de mis frutos. El que me escucha no será confundido, y los que me tienen por guia de todas sus acciones no pecarán:» *et qui operantur in me non peccabunt.*

Ved pues en la Santísima María condensados los hermosos títulos de gloria que tanto la hacen brillar á la vista de Dios y de los hombres; porque Ella es la Reina del cielo, la Reina de los santos y de los ángeles, la Emperatriz de las inteligencias celestes, y la Señora de los hombres; los grandiosos títulos de bondad que la ostentan como la madre de la misericordia, el auxilio de los cristianos, la consoladora de los afligidos, el refugio de los pecadores; los relevantes títulos de su mérito, porque María aparece á nuestra vista como espejo de la justicia, asiento de la sabiduría, Virgen llena de clemencia, causa de nuestra alegría, y acabado modelo de toda perfeccion; los títulos de su poder, porque es la Madre del Criador y del Salvador del mundo, y si en Dios reconocemos el origen de toda autoridad, en la Santísima Virgen encontramos esa misma autoridad y poder que obtiene siempre con sus eficaces súplicas.

Penetrado el cristiano de esas prerogativas excelsas el nombre de María se repite por todos los lábios con profunda reverencia, porque de todos los corazones brotan piadosos sentimientos de amor y devocion que apenas sabremos espresar. ¿Y como ha de saberse espresar el lenguaje afectuoso del corazon de los hijos amantes de María acentuado por la esperanza, ó por la gratitud que María ha sabido inspirar á sus devotos hijos? Si se trata del alma justa que entra en colloquios con esta Madre de ternura que llamamos nuestra esperanza y nuestra vida, ¿quién acertará á esplicar lo que pasa en ella? Decidlo vosotras, almas verdaderamente piadosas. ¡Ah! en vuestras nobles aspiraciones de virtud habeis buscado en María el espejo de la justicia, y contemplándola atentamente, habeis notado en Ella todo linaje de perfecciones que desde luego os propusisteis imitar. María os ha traído del cielo ese amor purísimo que alienta vuestro ser, ese recogimiento cristiano en la oracion, esos encantos envidiables que sentís meditando las cosas santas, esos arrobamientos inesplicables en que os acercáis á Dios, los progresos que haceis en la vida perfecta; y en cambio vosotros recurris á esta Madre de dulzura para acrecentar el fuego de vuestra caridad siendo cada vez mas fervorosas en su devocion, hasta el punto de ofrecerla vuestro corazon sin reserva alguna para que lo presente al Señor á quien deseais agradar constantemente.

Si se trata del pecador, ¿qué imperio tiene sobre él la devocion á la Virgen Santísima! El solo pensamiento de esta Madre clementísima ha salvado muchas veces del abismo de la desesperacion á muy grandes culpables. No es raro, A. M., ver á estos, en el lecho de la muerte, ó en el fondo de un horrible calabozo adonde los han conducido sus crímenes, ceder al recuerdo del poder de María, derramar torrentes de lágrimas de verdadero arrepentimiento, consolar por su penitencia á aquellos que desesperaban de su sal-

vacion viéndolos encenagados en los vicios, y proclamar ellos mismos con santo gozo que á la intercesion de María han debido su conversion, siendo desde luego fieles devotos de esta Señora.

De aquí esas prácticas piadosas para honrar á la Madre de Dios; esas invocaciones fervorosas; esas peregrinaciones á célebres santuarios, esa concurrencia ante sus altares, esos cánticos sagrados, espresion generosa de la gratitud, del amor, ó de la confianza á María; de aquí, en fin, la devocion del sábio y del ignorante, del prócer y del hombre del pueblo, del magistrado y del artesano, del labrador y del comerciante, del anciano y del niño que apenas ha llegado al uso de la razon, de todo el que se honra con el nombre de cristiano que no puede llevarse ese glorioso título, sin ostentar tambien el de devoto de María.

Amados hermanos: los fundamentos de la devocion que consagramos á la Madre bendita de nuestro Dios y nuestra Madre, son demasiado poderosos para dejar de empeñarnos en amarla con todo nuestro corazon, en servirla con toda fidelidad, en imitarla escrupulosamente. Dios ha enriquecido á María con todos sus dones, y la ha levantado á la mas alta dignidad, llamándola su Madre, su Hija y su Esposa; Dios la ha engrandecido por su Iglesia que la ha erigido templos, que la ha consagrado solemnes fiestas, que la tiene siempre presente en sus oraciones para invocarla; Dios, en fin, la ha dado un lugar preferente en nuestros corazones inspirándonos su amor y la santa piedad que la profesamos. Seamos, pues, verdaderamente devotos de María, y siéndolo atraeremos sobre nosotros sus bendiciones, y de María aprenderemos todas las virtudes, pues es el verdadero modelo del cristiano perfecto: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum*. Tengamos una grande confianza en su patrocinio, porque si esta Madre de misericordia no mira con indiferencia, ni mucho menos desprecia á los mas grandes pecado-

res, ¿qué hará con los que fueren sus fervorosos devotos? ¡Ah! es bien cierto que les alcanzará las gracias que necesitan para su justificacion; que los asistirá en sus necesidades, que acudirá á su socorro, que velará por ellos en todos los peligros, y que en la hora de su muerte estará cerca de su lecho de dolores para consolarlos, y acompañar sus almas á la pátria celestial para que gocen de la bienaventuranza por los siglos de los siglos. Amen.